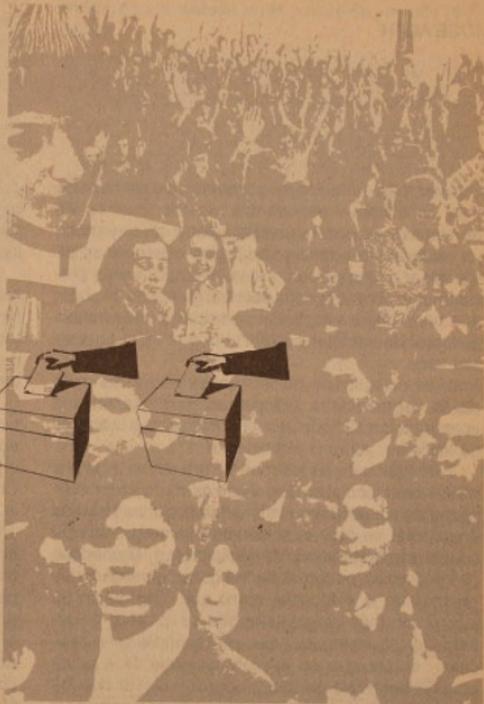
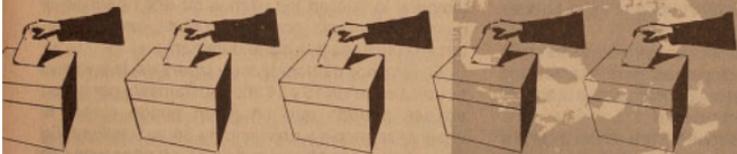


ESPERANDO A LA ESPERANZA
LOS JOVENES Y EL PLEBISCITO



ESPERANDO A LA ESPERANZA

Los jóvenes y el plebiscito

JOSE AUTH

Una vez más—me excuso y prometo que por mi parte será la última— hablaremos de los jóvenes en términos de reacción a una situación exterior y adulta ya relativamente configurada. Nos ocuparemos de visualizar la manera en que la juventud, y más precisamente el contingente electoral menor de 34 años, que por primera vez puede participar en un proceso electoral de carácter nacional, se posiciona en esta situación.

Este es un ejercicio de lectura de encuestas y de pistas fragmentadas y dispersas, para intentar una aproximación a lo que son y podrán ser las actitudes de los jóvenes frente al plebiscito.

Pero hablar de los jóvenes sin referencia alguna a distinciones sociales, expectativas de futuro y ocupaciones actuales, equivale a hablar de los chilenos en general, es decir, la noción de juventud por sí sola aporta un grado mínimo de inteligibilidad. Tratándose de los jóvenes, podemos decir algunas generalidades rayanas en la evidencia, como que constituyen un electorado más progresista, que su rechazo al sistema global es mayor, que son siempre más radicales, en fin, que en el plebiscito que se avecina optarán por el No en una proporción mayor que los adultos. Hecha esta reverencia, podemos comenzar un análisis que podrá confirmar, relativizar o refutar este tipo de afirmaciones genéricas.

¿Qué es la juventud? ¿Cuál es el peso específico del componente propiamente juvenil en la producción de las conductas de los jóvenes estudiantes, obreros, empleados, profesionales y cesantes? ¿Es que cada uno de ellos se asemeja más a sus pares sociales que a aquellos con quienes comparte sólo la edad y lo que de ella deriva? Son éstos algunos temas claves que intentaremos abordar en el curso de la exposición, en la medida en que interesen a la problemática que aquí nos atafe.

Prácticamente todas las definiciones de juventud coinciden en señalarla como un período cuyo inicio es fisiológico —la pubertad— y su término, social —la incorporación al mundo adulto por la vía del trabajo—

La condición juvenil, entonces, se asocia históricamente a la condición estudiantil. Es justamente la extensión social de ésta y su prolongación temporal lo que en los últimos 50 años permitió el desarrollo de una *condición juvenil*, antes estrictamente limitada a la clase dominante.

En términos demográficos y laborales, la juventud se ubica entre los 15 y 24 años, justamente porque es en ese período que un joven puede cursar la enseñanza media y universitaria en su totalidad. En Chile, 6 de cada 10 jóvenes de 15-19 años están en la enseñanza media, 3 de cada 20 jóvenes de 20-24 años cursa la enseñanza superior, lo que significa que algo más de un tercio de los jóvenes (15-24 años) es estudiante. Esto sin contar con el numeroso contingente juvenil que repleta las salas y las arcas de esa densa red de institutos y centros de formación que prolongan dos o tres años la vida de estudiante, luego del egreso de la enseñanza media. Si tomamos en consideración el significado de la condición estudiantil en términos del tiempo que involucra, las expectativas que supone, en fin, la vida entre pares a la que obliga, los estudiantes constituyen evidentemente el grupo dominante del campo juvenil. Esto, además, por el poder de atracción y de referencia cultural que ejercen, tanto hacia aquellos cuyo camino educacional ha sido por diversas razones quebrado pero que mantienen esperanzas ciertas o ilusorias de retomarlas, como hacia los que desde un presente insatisfactorio y un futuro incierto, miran la experiencia estudiantil como el período en que fueron plenamente jóvenes.

VOTARIA NO... SI ESTUVIERA INSCRITO

Todas las encuestas coinciden en señalar que el **NO** aventaja significativamente al **SI**, que existe alrededor de un tercio del electorado que no declara o no tiene opción definida, y que la proporción de votantes **NO** es inversamente proporcional a la edad en una correlación altamente significativa. Pero al mismo tiempo, estas mismas encuestas, corroboradas por la información del Registro Electoral, indican que la tasa de inscripción en los registros electorales es directamente proporcional a la edad, reduciendo en que, como lo señala la última encuesta CIS (abril '88), 78.5% de los votantes **SI** está ya inscrito, mientras que solamente 59.4% de los que optan por el **NO** ha realizado dicho trámite.

Si a esto agregamos el hecho de que las encuestas habitualmente abarcan sólo a la población de las grandes ciudades, menos favorables al gobierno, como aparece incluso en el plebiscito de 1980, el triunfo de la oposición depende principalmente — deberíamos decir pende — de la inscripción electoral de los jóvenes.

Esto porque el peso de los menores de 34 años en la población electoral es de 48.8%, como lo indica el cuadro que sigue.

Cuadro No 1
Distribución de la población electoral por edad
(Tasa de Inscripción electoral)

Edad	Población (absoluto)	%	Inscritos (absoluto)	%
18-24	1,748,167	21.7	800,125	45.8
25-34	2,184,417	27.1	1,055,595	48.3
35-49	2,120,765	26.3	1,136,734	53.6
50-64	1,263,397	15.6	804,350	63.7
65 y más	756,423	9.4	473,772	62.6
Total	8,073,169	100.0	4,270,576	52.9

Fuente: Dirección de Registro Electoral, a febrero 1988.

A fines de febrero de este año, algo más de 2 millones de jóvenes no se habían inscrito aún; las encuestas indican que la tasa de inscripción evidentemente ha aumentado en estos últimos meses, pero el retardo juvenil no ha sido compensado con un ritmo más

elevado en la inscripción de los jóvenes.

Dos encuestas de Diagnos, realizadas en diciembre 1987 y marzo 1988, nos muestran una evolución interesante en la población juvenil (18-28 años).

Cuadro No 2
Intención de voto de la población joven

	SI	No	En blanco	No votaría	NS/NR
Dic. 1987	15.3	38.2	19.3	15.6	10.9
Mar. 1988	15.0	41.2	3.9	7.5	28.9

La proporción de personas que votan en blanco o no votan disminuye significativamente en beneficio del **NO**, de los que no responden o no saben. Esto revela el avance en la legitimidad del plebiscito y un aumento de la confianza en esta salida electoral.

Las encuestas del CERC realizadas en abril en Santiago y en las dos ciudades más grandes, Valparaíso y Concepción, confirman la validez de esta generalización, que consigna la edad como la variable principal de discriminación en la opción plebiscitaria. Para el grupo etario de 18-25 años, el voto **NO** aventaja en 25.3% al **SI** en Santiago, y en 35.4% en Concepción. En ambas ciudades, esta diferencia disminuye considerablemente con la edad. El caso de Valparaíso es interesante, pues tanto el **SI** como el **NO** recogen más respuestas, reduciéndose el campo de los indecisos.

Cuadro No 3
Composición del voto según edad. Valparaíso

Edad	SI	No	Indeciso	NoVota	NS/NR
18-25	23.5	56.2	5.9	3.3	11.1
26-40	27.0	43.9	9.2	6.6	13.3
41-60	33.1	41.7	10.3	3.4	11.5
61 y más	55.3	30.3	4.0	2.6	7.8
Total	31.5	44.7	8.0	4.3	11.5

Aquí la diferencia es brutal: jóvenes y viejos se oponen en el voto con preferencias casi invertidas. Se trata mucho más, eso sí, de un foso generacional que los separa de los abuelos que la renegación edípica de los padres.

En cuanto a las esperanzas depositadas en los

resultados de la disyuntiva electoral, es notorio ver el contraste de las imágenes de sus situaciones personales según gane el *SÍ* o el *NO*. Lo cierto es que son pocos los que creen que empeorarán si triunfa el *SÍ*, pero también son escasos los que depositan alguna expectativa de mejoría personal en esta opción. En cambio, en la victoria del *No* hay expectativas ciertas de que habrá progreso personal.

Cuadro No 4
Situación personal según gane el *SÍ* o el *No*

	Mejorará	Igual Buena	Ig. Regular	Ig. Mala	Empeorará
<i>SÍ</i>	9.6	12.1	27.0	27.2	14.8
<i>No</i>	41.2	7.8	18.7	7.4	9.8

Fuente: Diagnos, marzo 1988.

Lo mismo se observa cuando Diagnos pregunta por el sentimiento personal ante el cambio o la continuidad del gobierno. En la primera opción, son la esperanza (44.4%) y la alegría (10.1%) los sentimientos que predominan, temor (16.2%) e inseguridad (15.0%), sin embargo, alcanzan una proporción considerable. La idea de la continuidad gubernamental alegra a una minoría (15.1%) y despierta las esperanzas de un puñado (2.4%). La inseguridad (33.7%) y el temor (29.6%), en cambio, dominan absolutamente el imaginario juvenil en esta opción.

Este es el eje del enfrentamiento plebiscitario en el campo juvenil. Al régimen no se le cree, es cierto: todas sus promesas son vanas, las expectativas que abre su continuidad son justamente la continuidad de aquellas que hoy despierta su acción. La cuestión es si se le cree a la esperanza, si osamos esperar, si nos arriesgamos a creer que las cosas pueden cambiar.

Para varias generaciones a las que se les ha ido la juventud en sucesivas esperanzas frustradas, la recuperación de la confianza en la acción histórica es por lo menos compleja.

Analizando la respuesta juvenil de una encuesta del CIS (CED/LET/SUR) realizada en Santiago en diciembre de 1987, nos encontramos con algunos elementos de interés en esta misma perspectiva.

Cuando a los jóvenes de 18-29 años se les pregunta por el futuro y los sentimientos que les inspira, la esperanza, posesión tan propia de los jóvenes según la leyenda blanca que constituye su

aura, concentra apenas 20% de las respuestas. La preocupación, en cambio, alcanza a 72.1% de la actitud juvenil. Los más inquietos son los hombres que han cursado parte o la totalidad de la enseñanza media (79.0%), mientras que los que han hecho o están haciendo estudios superiores lo están algo menos (67.5%; 23.4% esperanzados; a las mujeres, en cambio, que están en la misma situación de estudios, el futuro les parece más inquietante (74.9%). Observamos que, ciertamente, existen diferencias de alguna significación, pero ellas se limitan a una cuestión de grado y no de actitudes. En el caso de profesionales o técnicos, o en el camino no sin obstáculos para devenirlo, es en las mujeres que la inseguridad y el temor avanzan con más rapidez, pues visualizan sus dificultades comparativamente mayores para ingresar a un mercado laboral en crisis.

Una mayoría consistente (62.9%) de este mismo grupo etario está por el cambio del estado de cosas, aunque cuando se les pregunta por las condiciones de dicha transformación, sólo 18.6% persiste en su deseo de cambio en el caso de que éste implique desorden; pero una significativa proporción, particularmente de hombres de alto nivel de estudios (25%), responde de esta manera.

El problema es que justamente este sector, al que podríamos designar como el del *NO* radical, se muestra reticente a la inscripción. Como dice el informe CIS N° 12¹, está mucho más dispuesto a defender el *NO* que a votarlo, inconsistencia que revela fundamentalmente un profundo temor a depositar algo de confianza en las posibilidades que esa situación puede abrir. Pues, después de todo, "en la mierda estamos y en la mierda nos quedamos", nos planteaba un muchacho que se resiste a esperar algo de los adultos, particularmente del Estado y de los políticos.

Los casos en que los jóvenes se manifiestan escépticos alcanzan en esta encuesta al 28.3%, mientras 51.4% piensa que puede haber cambios derivados de los resultados del plebiscito. En otro ítem, 36.9% de los jóvenes no cree que las cifras que resulten del plebiscito reflejen verdaderamente la opción de la gente, sólo 30% tiene confianza en que ello ocurra.

Un primer aspecto, entonces, en el que se ha

1. "Esperanza. Orientaciones ante el problema de la sub-inscripción de la juventud urbana", mayo 1988.

avanzado en los últimos meses, es el de la capacidad de control ciudadano sobre el plebiscito para dar seguridad al joven de que su voto será un aporte inalienable al caudal de rechazo al gobierno de Pinochet. El segundo, más complejo, se refiere a la desconfianza básica de los jóvenes hacia las instituciones, pues hay un pasado y un presente de ignorancia y de acoso. Y hay que ver lo que es el peso del pasado para un joven de 19 años... Esto, que tiene que ver con el Régimen, involucra también a la oposición, cuyo principal desafío en este sentido es desembarazarse de su imagen funcionaria y apelar a la participación de los jóvenes en acciones reales de lucha democrática y de mejoramiento de sus condiciones de vida y posibilidades de futuro, en lugar de entonar desafinados cantos de sirena a los que la población juvenil continuará haciendo oídos sordos.

Los políticos han jugado un rol importante en la historia del país, nos informa esta encuesta, para 62.1% de la población joven, y en un porcentaje mucho más alto para los sectores de más de 12 años de estudio, lo que es normal, puesto que las clases de historia, aún en sus versiones más parciales, muestran estode manera indiscutible. Es más significativo que 27.8% se muestre en desacuerdo con el aserto que nos dice que la tradición democrática chilena es razón de orgullo patrio, esto en una proporción mucho más alta que el conjunto de la población encuestada (21.4%). Y, en el mismo sentido, que solamente 27.4% exprese su desacuerdo con el discurso que asocia a los políticos y el caos. Resulta evidente que los jóvenes de hoy creen menos en las instituciones que sus congéneres sociales del mundo adulto, y que tienen mucha menor estima por los partidos políticos y su acción.

Una visión del voto joven (18-29) descompuesto por nivel de estudio y sexo puede resultar interesante.

Podemos observar claramente que los años de estudios realizados son un factor discriminante. Y que el género opera del mismo modo que en los adultos, es decir, hacia el aumento del Sí y sobre todo de la indefinición.

LA JUVENTUD ESTUDIANTIL: LOS JOVENES POR ANTONOMASIA

Encuestas y estudios realizados desde 1980 confirmaban lo que era dable suponer de acuerdo a las características de las promociones de ingreso a la Universidad a partir de 1979, esto es, que el proyecto educativo del régimen militar había fracasado en su aspiración de crear una nueva juventud, despolitizada y solamente interesada en el logro material individual.

La oferta cultural de los militares no encontró jamás un asidero significativo entre los jóvenes, que desde muy temprano establecieron modos de comportamiento y redes de comunicación propias, definiendo estéticas y valores completamente ajenos al modelo cultural dominante. Ya en 1980, una encuesta² sobre los gustos de los estudiantes secundarios de Santiago ubicaba a Joan Manuel Serrat y a Silvio Rodríguez entre las primeras preferencias juveniles, esto en un período en el que al primero se le ignoraba y el segundo jamás había sido difundido por radio alguna. El fenómeno del rock latino es suficientemente conocido como irrupción del gusto joven, al punto de que los medios de comunicación han terminado por abrirse y explotar comercialmente el fenómeno. El caso del conjunto "Los Prisioneros" es paradigmático.

2. J. Insunza, R. Solari, E. Valenzuela, "Antecedentes para la comprensión de la juventud chilena actual", Doc. de Trabajo No 7, SUR, diciembre 1981.

Cuadro No 5
Intención de voto por sexo y nivel de estudios (18-29 años)

Sexo	Nivel Estudios	Sí	No	Abs.	Blanco	Nulo	No sabe	No responde
Hombres	0-8 años	14.6	30.5	4.9	11.0	2.4	23.2	13.4
	9-12	10.8	35.3	3.6	10.2	4.2	20.4	15.6
	Más de 12	9.6	39.6	6.6	9.1	1.5	12.2	21.3
Mujeres	0-8	23.2	14.6	7.3	14.6	3.7	25.6	11.0
	9-12	21.8	19.4	10.6	10.0	2.4	21.8	14.1
	Más de 12	12.0	27.7	7.9	6.8	2.6	23.6	19.4

Fuente: Encuesta CIS. Diciembre 1987

Las elecciones universitarias, donde jamás han obtenido triunfo alguno quienes apoyan al gobierno, nos muestran que ese sector ha sido el más refractario a las ínfulas gubernamentales de creación de hombres nuevos. Una encuesta del Centro de Estudios Públicos³ realizada por la Gallup a 600 jóvenes de las siete universidades metropolitanas, incluyendo las tres privadas, nos muestra que más de 70% se define políticamente, de los cuales sólo 5.5% lo hace en la Derecha y 8.3% en la centro derecha. Como 83.3% ubica al general Pinochet en la derecha del espectro político, podemos colegir que el apoyo al mandatario militar es escaso, virtualmente inexistente.

Respecto al credo del régimen militar, ninguno de sus principios básicos ha podido devenir dominante en el medio estudiantil universitario. Sólo 16.3% cree que es mejor que la salud sea manejada por empresas privadas, 13.6% piensa lo mismo para la previsión social, mientras que 61.2% cree que las grandes empresas del país deben ser propiedad del Estado, contraviniendo así el principio sacro de la no intervención del Estado en la economía, tan caro a quienes han gobernado sin contrapeso nuestro país.

Y en cuanto al otro elemento fundamental, la Jesopolitización, solamente 11.3% declara no interesarle la política; incluso en quienes se autodefinen como de derecha, este porcentaje asciende sólo a 15.2%. Estudios similares hechos en épocas anteriores⁴ revelaban una despolitización bastante mayor en el medio estudiantil. Esto que ocurre hoy, sólo tiene comparación con la politización del período 70-73, pues ni siquiera la época de la Reforma resiste una mirada comparativa en cuanto a la masividad de los que participan (27.8% declara hacerlo) y de los que toman una opción aún cuando no participen.

Poco más de ocho de cada diez estudiantes de las grandes universidades de Santiago opina que en su universidad hay graves problemas, entre los que destacan aquellos de carácter económico (insuficiencia del crédito fiscal y de becas, escaso financiamiento universitario, carestía de las matrículas), los propiamente políticos (la intervención militar, la falta

de libertad de expresión, la represión, la ausencia de canales de participación), mientras que aquellos ligados a la docencia son escasamente citados.

Casi 70% de los estudiantes de las cuatro grandes universidades de Santiago cree que el principal responsable es exterior a la Universidad (el gobierno reúne 5 veces más preferencias que el ministerio de Educación en esta pregunta). Sin esforzarse demasiado, podemos colegir que aquellos que reconocen la existencia de graves problemas en sus universidades y ubican el origen de éstos en la administración gubernamental, son favorables a un cambio de la dirección política del país. Y dichos estudiantes constituyen una abrumadora mayoría.

Las últimas elecciones de la FECH apuntan en el mismo sentido, pues el voto favorable al gobierno representado por el llamado a abstención activa no alcanza a 8%, cuando deducimos la abstención de 1986 de la existente en este proceso electoral.

Los universitarios, atrapados en una discusión ideológica sin salida posible, han estado prácticamente ausentes de la campaña por la inscripcón y el NO en el plebiscito. Sin duda las elecciones universitarias —donde se ha dado relevancia al problema de la no participación en el plebiscito y donde han triunfado los partidarios de orientar la acción estudiantil hacia la derrota electoral del régimen militar— permitirán a los estudiantes universitarios recuperar su posición destacada en la escena política nacional.

Esto es crucial. El actor estudiantil universitario, mucho más que el sindicalista obrero, está llamado a constituirse en el factor decisivo de integración de los sectores populares a la acción política, particularmente de los jóvenes. Los estudiantes universitarios son, junto a los curas, los personajes más altamente valorados en las poblaciones periféricas, como lo señalaba un estudio de terreno realizado por SUR en 1986.⁵ En todos estos años de lucha democrática, las acciones y solidaridades estudiantiles han obrado prácticamente por el acortamiento de la distancia a veces insalvable que existe entre la política, donde predominan sin contrapeso las clases medias, y los sectores populares. Su rol en el período de las protestas (1983-1986) es revelador a este respecto.

5. A. Rodríguez, E. Tirón, "El otro Santiago. Resumen de la encuesta SUR 1985", *Proposiciones* N° 13, enero-abril 1987.

3. Centro de Estudios Públicos, "Estudio social y de opinión pública entre estudiantes universitarios de Santiago", Doc. de Trabajo No 88, oct. 1987.

4. Frank Bonilla, "The Student Federation of Chile: 50 years of political action", *Journal of Interamerican Studies*, Vol. 2, No 3, julio 1960.

Esto es aun más claro tratándose de los jóvenes urbanos, que desconfían profundamente de la oferta de "los políticos" y de los grupos medios, incluso del sindicalismo. La credibilidad del actor estudiantil, proveniente de la atracción ejercida por la condición estudiantil, pero también de una acción política consecuente y prolongada en el tiempo, es muy superior entre los jóvenes a la de cualquier otro actor social o político. De ahí la importancia que la acción de federaciones y movimientos universitarios tiene para el triunfo opositor, pese a que la población estudiantil a este nivel educativo es poco significativa cuantitativamente.

Algo distinto resulta el panorama de la educación secundaria; aun cuando hemos observado últimamente la aparición de fuertes y radicalizados contingentes estudiantiles en la escena nacional, éstos están extremadamente separados del estudiantado. Enfascados en disputas intestinas, hiperideologizados y encandilados por la auto-satisfacción que produce la mímica militanzada, los militantes secundarios operan las más de las veces como "carne de cañón" de lógicas políticas que los trascienden.

Pero un contingente numeroso de estudiantes secundarios está en condiciones de inscribirse, y de hacerlo, su voto es de manera abrumadora un voto de rechazo al régimen. La insatisfacción y el descontento por el presente, pero más aún la inquietud por el futuro, exigen a gritos una apertura de las compuertas que parecen cerrar las expectativas de los jóvenes. Porque quien se aproxima al egreso del liceo, sabe con certeza el destino de sus predecesores inmediatos.

Para estos jóvenes una sola oferta es posible: un espacio en la lucha para forzar la apertura de esta sociedad cerrada. Una apelación a que lo hagan no por la patria, ni por la democracia o la vida política libre, sino simplemente para regenerar sus propias posibilidades de futuro.

TRABAJADORES JOVENES, JOVENES TRABAJADORES

Los trabajadores jóvenes son, por supuesto, trabajadores. Y quizás eso sea lo que los define en lo fundamental. La gran mayoría de ellos fue por algún

tiempo estudiante, incluso en el campo hoy día encontramos un promedio de 8 años de estudio entre los jóvenes.⁶ Una encuesta reciente de SUR realizada en seis comunas periféricas de Santiago nos informaba que 80% de los que tenían entre 15-19 años estaba en la Educación Media, la había superado. Y para el grupo de 20-24 años, esta proporción era de 71.2%; y aun para los que tenían entre 25-33, alcanzaba el 66.5%. Esto, comparado al 33.3% que mostraban los mayores de 34 años, constituye una novedad fundamental, y en clara progresión. Si ésta es la situación en las poblaciones "marginales", podemos imaginar lo que ocurre en espacios sociales de mayor integración.

Entonces vivieron la juventud en su gran mayoría los jóvenes que hoy trabajan, a diferencia de gran parte de sus similares en períodos pasados. Y si lo fueron, han llevado consigo a sus lugares de trabajo parte de las conductas y actitudes juveniles, tienen memoria de jóvenes, gustos musicales y vestimentas de jóvenes y, por qué no, frustraciones de jóvenes. Por supuesto se parecen a los jóvenes que fueron, pero también muchas veces a los jóvenes que quisieron ser. El mundo laboral de estos tiempos está plagado de hombres y mujeres jóvenes que tuvieron otras expectativas, fundamentalmente de estudio y de inserción social consecuente, pues entraron a la adolescencia en un momento de expansión y democratización social o al menos conservaban aún su memoria, y salieron de ella en una época caracterizada por el cierre y el encierro.

Entonces, muchos trabajadores ansían recuperar en cierto modo su identidad juvenil, anhelan una posibilidad de ser jóvenes, de expresar una creatividad anestesiada y gozar las libertades de una sociedad abierta. Libertad para enmendar el rumbo personal o para avanzar en el camino trazado. La oportunidad de comenzar de nuevo, la posibilidad de salir del casillero en que quedaron en esta distribución discriminadora e injusta. Esta debe ser, a mi juicio, la apelación central a los jóvenes que están integrados al mercado de trabajo. Y esto tanto para quien egresó de 4o Año de Educación Media y hace las veces de junior sin ninguna movilidad social posible, como para el obrero, el técnico y el profesional. Con énfasis diferentes, por supuesto.

6. G. Vlo, A. Serrano, *Los jóvenes en el campo* (Santiago: PIIE, 1988).

No hay estudios que aborden los jóvenes del mundo del trabajo desde la perspectiva de la juventud, de manera que conozcamos el peso específico de la dimensión juvenil en las conductas y actitudes de los trabajadores jóvenes y delimitemos el ethos juvenil, si éste existe más allá de las diferencias ocupacionales y de clase.

Una encuesta realizada por Diagnos en noviembre de 1987 para SUR y CETRA-CEAL entre empleados y obreros de Santiago, nos revela que al menos en su dimensión política, los jóvenes (15-28 años) de este sector son diferentes de los universitarios que ya analizamos.

Los 270 jóvenes encuestados son más "progresistas" que sus mayores, sin duda, pero en proporciones menos significativas. Un 23% se ubica en la izquierda, 20% en el centro y sólo 5.9% en la derecha, cuando se autodefinen políticamente, pero los guarismos que se obtienen sumando los que declaran no tener ubicación política alguna (22.6%), no saber (17.8%) y los que no responden (17.8%) agrupan a la mayoría. Esto contrasta con el 70% de estudiantes universitarios que declaran una posición política precisa.

Indudablemente que esto tiene que ver con la ausencia casi absoluta de experiencia política y de espacios de libertad en la fábrica, el taller o la oficina, como para que la política esté al alcance de todos; pero revela también, sobre todo ese 22.6% que manifiesta positivamente que no tiene ubicación política, un retroceso de la política como factor de identidad personal.

A esa fecha, noviembre de 1987, la tasa de inscripción juvenil aparece algo más baja que la del total de la muestra (4.7%), pero de todas maneras más alta que la de otros sectores juveniles, particularmente los estudiantes. Además, sólo 7% manifiesta su intención de no inscribirse, pero un impresionante 52.2% no responde o no sabe si lo hará, contraste evidente con el 12.3% de la muestra total que tiene dicha actitud.

Respecto de la intención de voto, tendremos que recurrir a una pregunta anexa, pues esta encuesta se situaba aún en el marco de la alternativa plebiscito / elecciones libres. Cuando se pregunta por el tipo de gobierno deseado, 3.3% indica un régimen como el de Pinochet y 6.3% como el de Alessandri, lo que en una

deducción sumaría nos habla de 9.6% de electorado cierto para el SI. Las opciones por Allende (12.6%), Frei (14.1%), y un gobierno que se situara entre ambos (10.4%), con la misma operación anterior nos dicen que 37.1% optaría decididamente por el NO. Con quienes optan por un esquema entre Alessandri y Frei (9.6%), por algún otro (6.3%), por ninguno (6.7%) o no saben (25.2%), sumados al 5.2% que no responde, de nuevo nos encontramos con cifras impresionantes de "indecisión" (53%), mucho mayores que las adultas. Destacamos, además, que la opción "un gobierno como el de Nicaragua" fue elegida sólo por un joven de la muestra, en tanto que en otros sectores jóvenes esta alternativa concitaría de seguro más respuestas. No podemos decir, en consecuencia, que los jóvenes trabajadores sean claramente más radicales que sus pares adultos; lo cierto es que se identifican menos con el pasado, se definen menos políticamente, y cuando lo hacen, tienden a estar algo más a la izquierda que los adultos.

LA "OTRA" JUVENTUD

Si juventud y condición estudiantil fueron históricamente términos casi equivalentes, hoy día la enorme dificultad de los jóvenes para ingresar al mercado de trabajo termina con este monopolio. *Emerge un sector creciente de jóvenes "marginales"* que interrumpen o terminan sus estudios secundarios y no consiguen trabajo estable, manteniéndose en cierta forma en la adolescencia; pero, a diferencia del universitario, sin espacio institucional donde vivirla ni perspectiva clara de incorporación futura al mundo adulto. Juventud tenaz es ésta que impide al joven superarla; juventud obligada por una situación que retiene al joven, impidiéndole casarse y conquistar su autonomía económica y habitacional; juventud cerrada la que nos niega la posibilidad de abrimos al futuro; juventud desesperanzada ésta que nos lleva a esperar nada, ni siquiera la esperanza.

La encuesta que hizo SUR en las comunas periféricas de Santiago nos entrega datos bastante consistentes acerca de la estructura ocupacional de la población joven de las comunas populares.

Cuadro No 6
 Ocupación por edad

Actividad	Edad			
	15-19	20-24	25-33	34 y más
Empleado	4.5	16.7	16.8	13.6
Obrero	4.5	13.2	11.9	14.4
Trab. independ.	5.4	12.3	18.2	13.6
Hace "pololos"	0.9	0.9	2.8	6.1
Estudiante	63.1	4.4	2.8	
Desocupado	15.3	22.8	15.4	6.8
Dueña de casa	6.3	29.8	30.8	41.7

Fuente: SUR, abril 1988

Estudiantes hasta los 19 años, cesantes y dueñas de casa los 20-24, todo eso y trabajadores independientes los de 25-33. Una minoría consistente, sin embargo, poco menos de un tercio, se define como empleado u obrero, esto de los 20 a los 33 años.

Las respuestas a este formulario de encuesta de actitudes para medir frustración, agresividad y violencia, nos llevan a relativizar la visión mítica dominante de esta juventud popular urbana. Menos fatalista que sus progenitores, aun más desconfiada de un Estado que la acosa o ignora, pero más integrada culturalmente (la enseñanza media no pasó en vano) estos jóvenes de la población creen algo más en la política y en la acción histórica, en su gran mayoría aspiran a la integración más que a la ruptura, están muy lejos de ser una base revolucionaria, y no están bajo el imperio de la anomia y la desintegración social.

Son, por supuesto, un electorado abrumadoramente adverso al régimen militar del cual se sienten las víctimas privilegiadas, sentimiento que encuentra su razón de ser en la limitación creciente de sus expectativas laborales, pero también en el acoso policial y en su estigmatización como amenaza social. El problema es que una opinión de rechazo *al statu quo* no es un voto de censura a Pinochet mientras su autor no devenga un elector, es decir, se inscriba en los registros electorales.

Una reunión con jóvenes militantes de poblaciones periféricas nos sorprende con un acendrado miedo a esperar. Al pedirles que en una sola palabra se resumieran ellos mismos y la juventud de la que formaban parte, ninguno citó la esperanza. Frustración, miedo, desesperanza, escepticismo, discriminación, resentimiento, en fin, sentimientos

todos, como se ve, lejanos de la leyenda blanca acerca de la juventud, "divino tesoro".

Resistencia a depositar la confianza en algo, pues una vez más pueden ser traicionadas; temor a desarrollar expectativas que podrán ser frustradas; escasa propensión a pensar el futuro. De ahí el éxito relativo de propuestas que articulan la visión de un presente negro que sólo despierta desconfianza y escepticismo, con soluciones abstractas y relegadas a un distante momento revolucionario "final", en que todo cambiará, seremos libres y estaremos unidos. La promesa, por su carácter abstracto e intemporal, no opera como una esperanza concreta que genera expectativas y demandas; la propuesta de acción tampoco se inscribe en una relación de medios/ fines, y su radicalidad permite que se pueda operar en esta perspectiva sin acción, sólo con una mímica militante, que tiene sentido mucho más como expresión identitaria a través de la imitación del adversario militar, que como acción instrumental dirigida a derrotar al gobierno o a derrotar al Ejército.

Recuperar la confianza en la acción histórica, eso es lo fundamental para estos jóvenes. Hay que apelar a la constitución de un actor joven, de cuya existencia y acción depende la sobrevida de Pinochet. Un llamado a ser jóvenes y a actuar como tales, a reconstituir la unidad juvenil para abrir el futuro, para tener una nueva oportunidad. "Para borrar las fichas" y empezar de nuevo, como nos dicen cuando hablan del cambio posible.

Esta juventud pasó su infancia en dictadura, conoció los límites del autoritarismo en su adolescencia y sufrió la discriminación del capitalismo salvaje. No quiere devenir adulta bajo la dominación de Pinochet y de los militares, pero tiene miedo a esperar.

Nunca había tenido el país jóvenes tan educados como los de hoy. Nunca los jóvenes de diferentes estratos sociales habían estado culturalmente tan próximos unos de otros. Nunca antes las posibilidades de emergencia de un movimiento juvenil habían sido tan ciertas, jamás una identidad común en la cultura y en las expectativas tan posible, un adversario común tan delimitado, un proyecto unificador —la apertura de la sociedad— tan definido, y una fuerza electoral tan decisiva.

Estudiantes, jóvenes trabajadores y juventud pobladora son actores distintos, es cierto. Quizás cada uno de ellos no constituya propiamente un actor, pero

hoy las vidas de todos ellos están en juego. Desde una cultura y una necesidad común de libertad, los jóvenes chilenos pueden por vez primera constituirse en el actor decisivo de la transformación del país.

Quizás sea ésta la gran oportunidad histórica para el desarrollo de un movimiento juvenil en Chile. Dejaría pasar podría implicar una cojera fundamental en el proceso de transición a la democracia. Es preciso acompañar a los jóvenes en el rescate de aquello que jamás debieron perder: la esperanza en el futuro.

